

mi cartera, y que le diga V. que he sentido no verla.

Dicho esto, bajé triste por no haber visto á Magdalena, alegre por haber escapado del peligro de verla.

A los dos días recibí este billete, escrito con una letra delicada y correcta:

«Gracias, señora Condesa, por la suma bondad de V. en venir en persona á traerme mi pañuelo; desde hoy, esta humilde prenda tiene para mí un mérito; el de haber sido tocada por la mano de V., por la mano de una mujer pura y honrada.

MAGDALENA GUYMONT.»

¿Qué te parece, mamá mía, este modo de proceder? Magdalena no acata en mí á la gran señora, sino á la mujer honrada; nunca olvidará esta lección, ni á la que se la ha dado, tu hija

EUFEMIA.

X

Modesta á Teresa.

*Valfiores, Setiembre de 186...*

Es preciso, mi inolvidable hermana, que me queje á tí del abandono en que me tienes; ya sé que tu dilatada familia te ocupa mucho; pero ¿no puedes perder un poco de sueño para dedicar media hora á tu Modesta? En tan corto espacio de tiempo, muchos buenos consejos puede estampar tu ágil mano, consejos que son para mí más apreciados que las más ricas joyas.

Yo soy feliz, y al hablarte de mí, ésta es la primera frase que quiero consignar: Felipe es bueno, y él y yo, por acuerdo tácito, al que ninguno hemos faltado, apenas dedicamos tiempo alguno á la ociosidad; yo pienso, hermana mía, que un poco de separación es, como tú dices, hasta necesaria para la dicha del matrimonio; los hombres tienen cierta dosis de actividad, que deben emplear en tareas útiles, bajo la pena de malgastarla en puerilidades mezquinas; un hombre ocioso debe ser el peor de todos los azotes, porque no cesa de mirar atentamente las ruedas que hacen funcionar la existencia, ruedas que él no debe vislumbrar jamás.

Uno de los mayores beneficios que el cielo me

ha concedido, es el estar unida á un hombre laborioso y activo; los gustos del esposo deben ser siempre consultados para el conjunto de la vida; pero su intervención en los detalles coarta la acción que debe ser ejercida solamente por la mujer, más propia para pesar el valor y la oportunidad de aquélla.

Yo no me quejo de las largas horas que paso sin ver á Felipe; este tiempo lo empleo en embellecer mi casa, en hacerla cada día más agradable, en cultivar mi afición á la música y en aprender alguna pieza muy sencilla que á él le guste: el tiempo me parece menos largo, y mi buen marido, el amigo de mi corazón, goza así del resultado, sin asistir á los trabajos y á los esfuerzos necesarios para alcanzarlo.

Además, yo le veo siempre venir á mi lado dichoso y agradecido á disfrutar de esas dulces horas de reposo, de que yo participo también, porque en su ausencia preparo todo lo necesario á la buena marcha de la casa y á esas horas de quietud y de contento.

Tú, mi buena Teresa, me has enseñado de palabra y con el ejemplo, que el trabajo es uno de los más puros y sólidos goces de la mujer; y lo es, no solamente bajo el punto de vista de la economía, sino también porque se le puede considerar como una de las mejores condiciones para conservar el orden, la paz y el buen humor en el interior de las familias.

Juntas hemos examinado algunas veces, aun en el reducido círculo de personas que tratas en esa ciudad, la existencia de las mujeres que no saben trabajar: estas mujeres piensan estar suficientemente ocupadas, porque tienen constantemente á su lado una tapicería comenzada desde una época inmemorial; nada les obliga á estar en casa; malgastan sus horas en correrías inútiles y en visitas multiplicadas, y toman el hábito de una disipación que no puede contentarlas; se fastidian en su casa y en la ajena; esperan hallar la diversión en el cambio, y la inutilidad de sus tentativas no les enseña el vacío de su existencia: como ellas no están á gusto en su casa, nadie se halla bien á su lado; les falta esa costumbre preciosa de estar sentadas la mayor parte del día ante su mesa de labor, y de encontrar en su ocupación placer y provecho: si estas pobres mujeres se aficionasen á trabajos útiles, no abandonarían su casa y sabrían distribuir su tiempo de tal suerte, que no darían más que una pequeña parte de él á las exigencias mundanas.

Sin embargo, Teresa mía, yo recuerdo también que tú no has sido jamás para tu marido solamente una obrera, siempre inclinada sobre su trabajo y que no sabe ocupar más que sus manos; me has dado el ejemplo de que en una existencia bien ordenada hay tiempo para todo.

Me levanto temprano, y con la ayuda de una aldeanita que tengo por criada, arreglo la casa y

preparo el desayuno para las ocho, hora en que viene Felipe, que á las cinco se va á la fábrica sin más que un vaso de agua azucarada; tomamos nuestro café con leche en una mesita redonda colocada al lado de la ventana, entoldada de hiedra y madreSelva y de una parra que ya nos ofrece sus dorados racimos; el mantel está blanco como la nieve; la loza es blanca con ramitos violeta; los cubiertos de plata antigua que tú me diste, y que eran de nuestra madre, se armonizan muy bien con los demás del servicio, y Felipe me ha traído otros dos y un cucharón de la misma remota fecha, regalo de su madre: cuando ya estamos sentados, Jacinta, mi criada, trae en una ban leja la cafetera y el jarrito de la leche, en tanto que Felipe corta mi panecillo y le pone manteca.

Nuestro desayuno se prolonga una hora: Felipe y yo hablamos y reímos, nos hacemos alguna fineza, y luego comemos para postre un racimito de los de la ventana.

Después fumamos un cigarro; y digo *fumamos*, porque aunque sólo mi marido le chupa, yo le fumo con él, sentada á sus piés en un almohadón, ó bien sentada sobre sus rodillas.

Luégo él se va á trabajar, y yo me quito la bata de mañana, me peino, me visto y me pongo á coser.

A las dos comemos prosaicamente una sopa, el cocido y alguna otra cosa muy sencilla que generalmente yo misma he preparado; reposamos

una hora, y él se va á la fábrica: yo vuelvo á dedicarme á la labor un rato, y después me ocupo de preparar la cena para las ocho y de quitar de en medio todos los útiles de costura, telas y patrones: el jefe de la familia, al volver á su casa, se fastidia con la vista de todas estas cosas; toco un poco el piano, y luego voy á hacer una visita á la familia de Felipe, y á las siete viene él á buscarme: nos vamos á casa á las ocho, asidos del brazo y caminando lentamente bajo los grandes árboles, y al llegar hallamos la mesa puesta por la mano de Jacinta, la lámpara arreglada por la mía, la salita desocupada, alegre, limpia, con flores frescas que esparcen un delicioso olor, y con un pajarito que canta alegremente encerrado en una jaulita verde que cuelgo entre las macetas de la ventana.

De las nueve á las once, bordo yo y Felipe lee, ó hablamos los dos y hacemos proyectos para el porvenir; á las once y media me arrodillo ante mi reclinatorio y rezo para dar gracias á Dios por mi dicha y para pedirle que me la conserve.

Tal es mi vida; háblame de la tuya, que espero sea tan dichosa como la de tu

MODESTA.

## XI

## La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Setiembre de 186...

¿Qué te sucede, mi pobre y querida amiga? ¿Qué fiebre se ha posesionado de tu cerebro? ¿Es esa la paz que hallas en el santo asilo que has elegido? Sólo te excusa á mis ojos la violencia de tu dolor al ver á tu hijo desgraciado.

Ya sé que la mejor educación no puede poner derecha una mirada torcida ni alargar una nariz corta; y sin embargo, estoy cierta de que la fisonomía moral es más susceptible de modificaciones; la costumbre hace una segunda naturaleza; lo difícil es el imprimir la costumbre en naturalezas independientes como la de mi nieta, y rudas como la de tu hijo.

¿Piensas acaso, mi querida Gertrudis, que la ventura doméstica está sólo en las manos de la mujer? Es imposible; tu marido se encargó solo de tener la balanza de vuestra dicha conyugal, y cumplió hasta su muerte este piadoso pero amargo deber que se impuso.

Su hijo, á lo que veo, no le imita, sino que hace lo contrario; él, como todos los hombres, reconoce sus *derechos*, pero no sus *deberes*; quiere que estos últimos los conozca su mujer, sin to-

marse la pena ni aun de enseñárselos, y afirma, á despecho de la gramática, que el nombre *deber* es femenino.

¡Ay, mi querida Canonesa! todo lo que es injusto carece de base, y las virtudes en el matrimonio deben ser el producto de un fondo común, deben constituir una riqueza que será inagotable, á condición de que la alimenten los dos esposos: si el marido divide en dos partes desiguales las cargas y los beneficios de la comunidad; si él se reserva todos los derechos, dejando á su pobre esposa todos los deberes, la casa de estos esposos se parecerá á tantas otras; la acritud, los reproches, las disensiones, el más profundo malestar se deslizarán entre ellos y envenenarán todas sus palabras y todas sus acciones.

Hé aquí, Gertrudis, lo que sucede entre nuestros hijos; Germán estaba sin educación moral, religiosa y doméstica; y en vez de educar y corregir á su mujer con el ejemplo y la palabra, se limita á decir que no la puede sufrir.

Yo inventaría una pena, que añadiría al Código, para todos los hombres que se casan sin saber dirigir á una mujer, aconsejarla, reprimirla y hacerla á la vez buena y feliz.

No es amor á la esposa el mostrarse con ella débil ó constantemente irascible.

No es amarla, ni el dejarla seguir todos sus caprichos, ni el condenarla á la esclavitud.

Amarla, es protegerla, amonestarla, atraerla:

¿por qué se casa el que, como tu hijo, no sabe ni puede hacerlo?

¿Por qué te quejas de que tu marido te abandona por esas mujeres que se parecen á la amiga de tu hijo? Así como acabo de sostenerte que un marido debe ser capaz de educar á su mujer, te sostengo ahora que la paz y la dicha de la familia están casi siempre en las manos de la esposa; el tuyo podía llenar todos sus deberes, y tú no le dejaste que los cumpliera; por eso se buscó él otros nuevos, descuidó á sus hijos, y el fruto de tu intolerancia fué la fatal educación de Germán, que jamás me ha sido desconocida.

Ya que estamos en el día de decir verdades duras, digámoslas de una vez, para no decir las más.

¿Has leído *La Doble familia* de Balzac? Yo misma te la presté, y acaso no has olvidado la tremenda lección que encierra para las casadas.

Un hombre joven y con todas las ventajas del nacimiento, de la fortuna y de la inteligencia, se casa con una joven rica y bella, pero cuyo talento limitado y educación demasiado rígida la hacen inútil para brillar en el mundo: tienen muchos hijos; pero ni éstos ni la esposa pueden llenar el corazón de fuego del esposo, que necesita el amor animado por la inteligencia; busca y encuentra un alma como la suya, y se forma una nueva familia, y en ella lo que no pudo hallar en la prescrita por la Iglesia.

¡Oh Gertrudis! si tu hijo hiciera eso, lo mira-

ría como una desgracia mayor y más irreparable que su pasajera afición á esa joven: no, no son esos lazos los que pueden arruinar la dicha de nuestros hijos, sino aquellos otros terribles que el gran novelista francés nos pinta, y que están basados en todas las buenas cualidades del alma y en la recíproca estimación.

Yo, aunque, como dices, mujer vulgar y casera, creo poder conjurar la tempestad que amenaza á Germán y á Eufemia; mi hija me escribe y me habla de esa joven que tanto te asusta, y que, lejos de ser una mujer sin corazón, es una mujer buena y simpática, acaso más que muchas que se cubren con el manto de la honradez y de la virtud.

No le digas á tu hijo que está entre las garras de Lucifer, porque se reirá. Magdalena es, á lo menos, un Lucifer muy lindo y muy elegante; tú, mi pobre Gertrudis, has llevado á ese retiro la ardiente cabeza y la poca reflexión que te distinguieron en el mundo, y ahí no has hecho otra cosa que exaltarte más, perdiendo las pocas nociones que tenías de la vida real.

Cálmate; con los hombres, aunque sean nuestros hijos, no pueden emplearse ni la exageración ni el tono de mando: yo veo las cosas á mejor luz que tú, y confío en Dios que nos llevará á seguro puerto.

Pongamos á lo menos los medios, y si no nos lleva, resignémonos á arrostrar la tempestad.

Eufemia es buena: acaso mi consejo haga lo que no podría hacer el rigor; y sobre todo, ella ama con pasión á su marido, y este amor es la mejor garantía de su paciencia y reflexión: en el camino de la virtud, el ejercicio da las fuerzas; cuanto más se avanza, se está menos cansado: ¿por qué se ha de cansar Eufemia, que es una verdadera cristiana? No, ella sufrirá; ella pondrá cuanto á su marido falte; ese es su deber, y ese será también su placer mayor.

Sus penas serán acaso muy grandes; pero ¿á qué pueden llegar? ¿á minar su vida? ¡No importa! Quien ama más la vida que sus deberes, no sabe ser sólidamente virtuoso.

No hay nadie que pueda ser dichoso, si no disfruta de su propia estimación; el solo, el verdadero goce del alma está en la contemplación de lo que es noble y hermoso; el que se deja dominar por sus pasiones, si lo admira en los otros, se desprecia á si mismo.

Ya ves, mi querida Canonessa, que aunque no he optado, como tú, por el retiro del mundo, tengo mis ideas, y creo que se puede servir en él á Dios tan bien y mejor que entre las paredes de un convento; yo tengo que cuidar de la dicha de mis hijos, de la dicha del tuyo, que crees imposible y que no lo es.

¡Oh! ¡y de qué buena gana te hubiera seguido ahí! Mis cabellos blancos necesitaban ya de la sombra del retiro, pero no era ese mi deber: si

tenemos el valor de sacrificarlo todo al deber, el sacrificio cesa para hacer sitio á la satisfacción más agradable que podemos probar; hagamos nuestro deber sin mirar á nuestro alrededor; Dios y nuestra alma son los únicos testigos que debemos estimar y que pueden recompensarnos con la más dulce é inalterable paz.

ANA.

## XII

### La Canonessa al Conde.

*Capítulo de Dámas Nobles de Francfort, Octubre de 186...*

El color de la vergüenza debía abrasar tu frente cuando me escribiste tu última carta.

¡Cómo has podido confesarme el inicuo engaño de que me has hecho víctima, y la horrible depravación de tus costumbres!

¡Y es á tu madre á quien lo dices! ¡A tu madre que te proponía por modelo, y que te creía, en efecto, el modelo de todas las perfecciones morales y cristianas!

¡Desgraciado! mucha amargura ó muy poco pudor debe haber ya en tu corazón, cuando así arrojas la máscara y cuando te presentas á mis ojos tal cual eres, horrible esqueleto que el mundo desecha, y que, á su vez, está cansado del mundo!

¿Por qué te quejas de tu mujer? Aun es demasiado buena para tí; es preciso que en todo y por todo la dejes hacer su gusto; ya que le das tan poco, no le quites la libertad: no son los defectos de Eufemia los que te ofenden; es que te ofende todo en la vida, y que no debiste casarte, ni con ella ni con ninguna otra mujer.

Más vale que cada uno de vosotros haga lo que le parezca mejor; cierra los ojos respecto de su método de vida, y que ella los cierre también respecto del método de la tuya; así tendrás paz, porque el matrimonio no se puede deshacer, no sé si feliz ó desgraciadamente.

¡Pero no, hijo mío! el dolor me extravía; mi talento es limitado, y sólo mi corazón herido es el que oyes, porque me duele y me quejo: hijo mío, no hagas caso de las locas palabras que acaba de estampar mi pluma; ¡ay! al borde del abismo donde mis ojos espantados se fijan temerosos de verte caer, recuerdo que no supe hacer dichoso á tu padre, y que, por el contrario, fué muy desgraciado conmigo; sin embargo, él era bueno, muy bueno, y demasiado débil: sí, hijo mío; yo también debo hacerte mi confesión; yo le aburrí con mi carácter dominante, y él se buscó distracciones que me hicieron á mi vez completamente infeliz.

Y bien, mi Germán, yo no te aconsejo como buena madre y buena cristiana, induciéndote á que no hagas caso de tu mujer, y debo más bien pedirte que acudas á los recuerdos de tu infancia

para hallar fe y esperanza en la tormenta que te amenaza; recoge con mano firme los frágiles hilos de esa red que se llama la vida doméstica.

Acaso no te conviniera una mujer enteramente casera; yo lo he sido, y tu padre se fatigaba de mi continua vigilancia, de mi absoluto afán por la casa.

Enseña tú á ser metódica á tu mujer, pero no en demasía; el orden bien entendido tiene también su armonía, armonía fundada en la razón, y que, por lo mismo, no cansa jamás; y tú mismo ten presente estos bellos pensamientos que he hallado al azar en un libro, y que te transmito, pudiéndote acaso servir más que las más severas recriminaciones.

«El orden—dice el libro de que te hablo—tiene tres ventajas: alivia la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas.

»El desorden tiene tres inconvenientes: el fastidio, la impaciencia y la pérdida del tiempo.

»Arreglar los gastos según las rentas, es sabiduría; gastar todas las rentas, es imprudencia; gastar más que las rentas, es locura.

»El que compra lo superfluo, venderá muy pronto lo necesario.

»La economía es virtud en la pobreza, sabiduría en la medianía, y vicio en la opulencia.»

Ya ves, Germán mío, que aunque mi pobre cabeza no puede hacerte reflexiones propias, las busco para tí y te las envío.

Si, no olvides que el orden te salvará de la pobreza, de una escasez demasiado próxima, pues has gastado mucho en lo superfluo para que no te falte lo necesario.

Recoge los despojos de tu fortuna y arréglalos de modo que basten á tu decoro y á tu dignidad; no toques para nada el dote de tu mujer; si obrase como debe, debías conservárselo; no haciéndolo, debe ser para tí aún más sagrado.

Sobre todo, hijo mío, huye de esa mujer de que me hablas, y no te dejes coger en el cebo de sus fingidos encantos, porque el único encanto verdadero que atrae es la virtud; tal vez yo considere á ésta de una manera demasiado ruda y prosaica; tal vez mi escaso talento no la sepa revestir de las galas que la hacen amable y amada; pero yo la sientó, la respeto, la he practicado siempre, si no agradable, á lo menos verdaderamente.

Todas las mujeres, créeme, son peores que la propia, y esto por muchos defectos que tenga; la propia es la compañera que el cielo os da y os prescribe, la que sufre con vuestras penas, la que goza con vuestros goces; yo, que era áspera y dominante con tu padre, siempre le esperaba con afán y con el corazón alegre, á pesar de sus infidelidades, que me dejó ignorar hasta cerca de su muerte; él, por su parte, hacía también justicia á mis buenas prendas, á mi laboriosidad, á mi deseo de complacerle, que se ocultaba casi siempre bajo

las formas ásperas, pero que brillaba como el diamante entre las sombras.

Yo blasfemaba al decirte que acaso es por desgracia indisoluble el matrimonio; es, por el contrario, el lazo que une á la gran familia que se llama sociedad, y el que consuela en todas las penas, que, llevadas á solas, serían mortales; la enfermedad, la vejez, no pueden romper ni aflojar ese nudo sagrado, cuya grandeza está en su misma inviolabilidad; las leyes le desatan, en casos extremos y desgraciados, muy imperfectamente; y cuando han relajado el vínculo de la Iglesia, ninguna ventaja dan ni pueden dar en compensación de lo mucho que arrebatan á la mujer cristiana.

Existe el divorcio, y tiene acaso ventajas para los esposos, si han llegado á cierto lastimoso grado de injurias y de alejamiento; ¡ay! estas ventajas son relativas á la fortuna, á los intereses materiales; pero ¿y el alma? ¿y la conciencia? ¡Nunca pueden estar en reposo! Fuera de las leyes naturales de la decencia, del decoro y de la sociedad, la angustia es constante, y la conciencia grita lo mismo en el alma de la mujer que en la del hombre, si es cristiano y tiene ideas de dignidad, que le hacen echar de menos la paz interior que sólo se disfruta en las circunstancias normales de la vida.

Entra, pues, en cuentas contigo mismo, hijo mío, y ante todo, no pienses en esa sirena engañadora que cada día te apartará más de tu mujer.

¿Qué ventajas hallarás en esos devaneos? Las tristes que halló tu pobre padre... ¡Ay! á la hora de su muerte me pedía perdón y me decía: — ¡No quise educarte para mí ni sufrirte, y preferí distraerme en el desorden; perdóname!

¡Oh hijo mio! prefiere perdonar tú á pedir que te perdonen, y serás mucho más feliz.

GERTRUDIS.

### XIII

Clotilde á Magdalena.

*Valfiores, Octubre de 186...*

Me voy de aquí: la pureza y la virtud me arrebatan mi presa, y fuerza es que te lo confiese, nada pueden toda mi astucia y todo mi talento contra la virtud y la pureza.

Recuerdo ahora, Magdalena, y te la voy á recordar á tí, cierta escena del pasado invierno, que tú acaso, digna y casta en medio de tu peligrosa vida, has dado ya al olvido.

Era en la *Maison Dorée*: en el más espléndido de sus gabinetes, cenábamos una noche veinte personas; diez eran hombres de nobles casas y de gran caudal; entre ellos estaban Germán y Pablo, hoy casados con dos jóvenes de su clase.

La parte femenina se componía de igual nú-

mero de muchachas, de las cuales la única grave y pensativa eras tú: tú, á quien habíamos llevado casi á la fuerza, ó que más bien habías ido para estar cerca de Germán.

Ninguna persona extraña nos veía, y estábamos dispensados de guardar miramiento alguno; todos éramos dichosos; teníamos oro, que jugábamos con descuido; se nos sirvieron los manjares más exquisitos y los vinos más caros y más espléndidos... Poco á poco se fué formando en aquel salón un cuadro digno del *Infierno* del Dante: tú misma eras dichosa; ese bello y joven Conde te amaba, ó creía amarte, seducido ó angustiado por aquella atmósfera sin igual: en el momento en que todas las pasiones que duermen en el corazón humano se desencadenaban en nuestros corazones; en el momento en que la avalancha de lo malo y de lo odioso nos arrastraba á todos, un camarero entró y dijo desde la puerta:

«Ya es de día, señoras y señores: aproximáos á las ventanas y veréis pasar una boda que baja de la Magdalena.»

Obedecimos; venía, en efecto, un cortejo nupcial por el ancho boulevard; muchas personas, engalanadas con trajes de fiesta, rodeaban á los recién casados; ella vestía de blanco, era joven y bonita; las gentes se detenían para mirar su gracia decente y su exquisita distinción; el novio era también joven, fuerte y hermoso; los miramos, y quedamos todos absortos é inmóviles.